

Lamberto Maffei

Elogio de la palabra

Traducción de Pepa Linares



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Elogio della parola*

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Lucía M. Diz y Miguel S. Moñita

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2018 by Società editrice il Mulino, Bologna
© de la traducción: Pepa Linares, 2020
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-953-0
Depósito legal: M. 5.837-2020
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Presentación, de Luca Serianni
 - Elogio de la palabra
- 21 Introducción
- 29 1. El lenguaje de la palabra
- 45 2. Hacia una lengua única
- 55 3. Educar en la palabra
- 63 4. ¿Innovación o involución?
- 74 5. El buen gobierno
- 85 6. Esto no es un cerebro
- 97 7. Mirar, ver, hablar
- 115 8. La cultura, guste o no, es cerebro
- 125 Conclusiones

Presentación

Todo aquel que haya oído una conferencia de Lamberto Maffei o haya leído sus ensayos dirigidos a un público más amplio que el especializado (por ejemplo, *La libertà di essere diversi*, 2011, *Alabanza de la lentitud*, 2014¹, *Elogio de la rebeldía*, 2016²) estará familiarizado con el siguiente concepto: la cultura es siempre cultura humanista, sea cual sea el tema que se aborde, ya se trate de arte o de biología, y el punto de partida es siempre el cerebro («La cultura, guste o no, es cerebro» es precisamente el título del último capítulo de este libro). Y el oyente o el lector estarán acostumbrados a un estilo inconfundible, ligero sin llegar nunca a ser superficial y con frecuencia inesperadamente irónico. Así, al ilustrar un argumen-

1. *Alabanza de la lentitud*, traducción de Carlos Olalla Linares, Alianza Editorial, Madrid, 2016. (N. del E.)

2. *Elogio de la rebeldía*, traducción de Alejandro Pradera, Alianza Editorial, Madrid, 2017. (N. del E.)

to esencial de esta obra, según el cual el lenguaje verbal, don característico de nuestra especie, es «una cadena de palabras enlazadas por la razón», el autor añade una apostilla socarrona a propósito del lenguaje de los políticos, que tiende a la operación poco noble de actuar como «atrapaelectores» o «atrapamentecatos», aunque parezca una contradicción con lo dicho anteriormente.

El núcleo de este ensayo es la palabra vista en todos sus aspectos, partiendo de los neurológicos, que se tratan en el capítulo 1 («El lenguaje de la palabra»). La aparición del lenguaje en los seres humanos está unida a la creación de lo que nosotros llamamos «civilización»; una creación «no natural», por estar fuera de las leyes de la supervivencia que, condicionadas por la búsqueda de comida y por las dinámicas reproductivas, rigen la vida animal. Así pues, la palabra: la que todo niño aprende con una seguridad cada vez mayor y con un dominio completo en las primeras fases de la vida, la que redime la característica de «prole inepta» –incapaz de proveerse a sí misma al llegar al mundo– que el pequeño humano comparte con los otros primates. Un aprendizaje tanto más impresionante cuando se considera que, además de la lengua materna, si se le expone en sus primeros años de vida a otros estímulos lingüísticos (como suele pasar entre los hijos de padres que hablan lenguas distintas), el niño es capaz de aprender perfectamente dos idiomas, aunque sean muy diferentes entre sí en sonido y tipología.

Pero la palabra es una facultad que hay que cultivar y afinar a lo largo de toda la vida. En los capítulos 3 y 4 («Educar en la palabra», «¿Innovación o involución?»),

Maffei dirige su mirada a la escuela y a la necesidad de «volver a hablar». El viraje a lo digital es irreversible, pero comporta, especialmente en los niños y los adolescentes por su condición de individuos psicológicamente más frágiles, el peligro de que se encierren en sí mismos. Así, el teléfono inteligente deja de ser un instrumento para conocer el mundo y se convierte en una prisión, en una vida artificial dominada por las actividades compulsivas, como les ocurre a veces a los presos o a los internados en sanatorios. La «escuela de la palabra» es la escuela del «hemisferio cerebral del lenguaje, el de la racionalidad», la escuela de la reflexión que nos enseña a «reflexionar antes de decidir, a pensar antes de creer» y a dar alimento a la duda, «compañera fiel aunque inquietante del razonamiento».

Ciertamente, la palabra es la de la cultura escrita, que abarca desde los grandes clásicos hasta los trabajos de los ensayistas o de los buenos periodistas sobre los grandes temas de la sociedad, pero antes aun es la palabra que utilizamos en el intercambio concreto con nuestros coetáneos, con los profesores y con los padres (sin excluir el diálogo con uno mismo, como se observa en el capítulo 5, «El buen gobierno»). Aprender a debatir, a formarse una opinión, a verificarla en función de las pruebas argumentativas o experimentales y a medirla continuamente con las opiniones ajenas es el objetivo más elevado y más importante que debería pretender la enseñanza; un objetivo difícil pero posible, porque, como observa Maffei retomando una hermosa imagen de Michel de Montaigne, el joven «es un fuego que hay que encender con entusiasmo».

Cada lengua interpreta el mundo de una forma diferente. Uno de los peligros de la globalización es que puede introducir la idea de que las diferencias son un obstáculo que hay que derribar, un impedimento para comunicarse, y no un estímulo para asomarse a realidades distintas a la nuestra. El inglés *globish*, con sus mil quinientas palabras, utilísimo para los intercambios internacionales y para la comunicación técnico-científica, «podría no ser un factor de integración cultural en Europa», porque corre el riesgo de ser «una lengua de mercado, propia de una nación que ha elegido no formar parte de Europa» (cap. 2, «Hacia una lengua única»).

Hay que dudar también de la frontera entre la racionalidad y la irracionalidad, aunque solo sea porque existe una comunicación constante entre los dos hemisferios a través de los doscientos millones de fibras nerviosas que forman el cuerpo calloso. En el capítulo 6 («Esto no es un cerebro») se parte de un famoso cuadro de René Magritte, la reproducción hiperrealista de una pipa, con una leyenda en apariencia desconcertante, «Ceci n'est pas une pipe». Pero, bien pensado, la leyenda expresa un hecho: con la pipa de Magritte no podemos fumar. La imagen visual, como un enunciado lingüístico, no se identifica con la realidad, es un desafío para interpretar a la luz de la razón el sentido de un mensaje en apariencia absurdo, pero que representa un «pensamiento racional en fermento».

El capítulo 7, el más extenso del libro («Mirar, ver, hablar»), vuelve sobre uno de los asuntos centrales del ensayo, que es también, como se indicaba al principio, un tema recurrente en el autor. Se ve «con todo el cuerpo»,

porque incluso el placer estético que puede proporcionar una obra de arte nace de un mecanismo biológico «que tiene su fundamento en el desarrollo de mediadores químicos» pero que depende del estado biofísico del sujeto. Quien está de mal humor o sufre algún trastorno se queda impasible frente a su cuadro o su escultura predilectos porque «el auténtico placer es intelectual; esto es, cortical».

No abundan los libros en los que un científico quiera y sepa dirigirse también a los lectores profanos. La escasa educación científica de los italianos (con todo lo que eso implica; por ejemplo, la ausencia de filtros para las cada vez más frecuentes patrañas o, como suele decirse con mayor pudor, las *fake news*) se debe también a ese hecho. Haber escrito un libro así es un mérito cívico que se suma a los más propiamente intelectuales de Lamberto Maffei.

Luca Serianni

Elogio de la palabra

*A mi mujer, Graziella,
que me ayuda a pensar.*

Agradezco sinceramente a mi mujer, Graziella, su inmensa paciencia para compartir conmigo todas y cada una de las líneas de este texto, corrigiéndome tanto la escritura como el pensamiento. Doy también las gracias a Daniele Malaguti por haberme animado a escribir este ensayo y por sugerirme lecturas y cambios.

Introducción

No conozco nada en este mundo que tenga tanto poder como la palabra. A veces escribo una y la miro hasta que comienza a brillar.

Emily Dickinson

La palabra salvadora

Érase una vez un sultán que, como se cuenta en las *Mil y una noches*, se puso hecho una furia porque su esposa, mujer deseosa de experiencias no referibles, aprovechando su ausencia, lo traicionó junto con sus amigas, de lo cual obtuvo un gran placer. Él, entre otras razones por la vergonzosa posibilidad de padecer de protuberancias frontales, empezó a odiarla y buscó un castigo adecuado, hasta el punto de que la mandó decapitar en el acto. El sultán comenzó a odiar también a todas las demás mujeres y, siguiendo unos criterios de justicia muy personales, ordenó que le llevaran cada noche una virgen, para unirse a ella, desflorarla y mandarla decapitar al día siguiente.

La historia se prolongó muchos años, para satisfacción del sultán, que no de sus concubinas nocturnas, hasta

que Sherezade, una joven de belleza e inteligencia extraordinarias, se ofreció como víctima con un plan valiente para interrumpir la matanza de las vírgenes.

Se acostó con el rey, pero luego, mediante una estratagemma, se puso a contarle una historia que interrumpió al despuntar el alba, antes de la decapitación prevista.

La historia era tan interesante y tan sugestiva que el rey, para oír el final, aplazó la ejecución hasta el día siguiente. Y así durante varios años..., hasta que surgió el amor verdadero y con él la boda.

Se cuenta que la primera noche, después de las relaciones sexuales, Sherezade comenzó así su relato:

Has de saber, ¡oh, rey afortunado!, que hubo una vez un mercader, dueño de numerosos bienes, tanto en fincas como en mercancías y en dinero contante, que tenía muchos empleados, arrendatarios y esclavos [...]. De vez en cuando, debía viajar para reunirse con sus correspondientes. Un día en que cierto asunto importante lo reclamaba en una localidad muy lejana de la suya, subió a su caballo y partió llevando consigo un equipaje en el que había metido una pequeña provisión de galletas y dátiles, porque debía atravesar una región desierta donde no podría encontrar de qué vivir.

Sherezade representa el triunfo de la astucia de una mujer que, con las sutiles armas de la inteligencia y la fascinación de la palabra, consigue imponerse al hombre para salvarse a sí misma y, con ella, a todas las vírgenes del país. Sherezade no convence con la fascinación del cuerpo o con las delicias del sexo, sino con la palabra,

con el relato, con los cuentos, fábulas que la necesidad la obliga a inventar todas las noches.

En un mundo dominado por los hombres, entonces aún más que ahora, la palabra derrota a la injusticia, a los atropellos del dictador, recurriendo no al juego animal de los sentidos sino al de la razón. Y la mujer sale victoriosa.

Es la fascinación del relato, y todos conocemos hasta qué punto resulta importante, estimulante y liberadora de la realidad cotidiana la lectura de un libro que, convertido en un amigo, nos sugiere pensamientos e ideas. A mi parecer, la lectura es una conversación que el lector acaba entablando con los personajes. Por eso, cuando estás con un buen libro, ya no te sientes solo.

He recurrido a las *Mil y una noches* para intentar una desesperada defensa de la palabra, del lenguaje de la palabra, porque estoy convencido de que el hombre, su unicidad y su civilización se expresan mediante una cadena de palabras que la razón enhebra en el collar de la historia. Todo hombre es su propio relato, aunque solo sea el que se cuenta a sí mismo; un granito de polvo de la historia.

La ocupación de las manos y la tribu de la gente con la cabeza gacha

A los seres humanos les gusta tener las manos ocupadas. Hace años, el cigarrillo dominaba este hábito, como atestiguaban las yemas amarillentas del índice y el medio de la mano derecha; yo, por ejemplo, tenía siem-

pre la pipa en la boca, aunque estuviera apagada, y la sostenía con esa mano. Afortunadamente, la costumbre de fumar ha disminuido mucho por miedo a las posibles patologías que se le atribuyen, pero ha surgido una nueva ocupación para las manos, porque el vacío que ha dejado el tabaco lo ocupa hoy el teléfono inteligente, que, además de las manos, ocupa el cerebro, puesto que permite leer, escribir, enviar mensaje, *tuits*, videos, comunicarse por Facebook, jugar, etc. En esta época, no tener un móvil representa más una excentricidad rebuscada, un deseo de mostrarse distinto, un tatuaje intelectual, que una rebelión contra la moda dominante; o bien, en la mayoría de los casos, un signo de haberse quedado rezagado en la carrera por el progreso, atontado por la vejez.

Ocupar las manos, recurrir al trabajo del sistema motor incluso en su componente cerebral, es seguramente un intento de evasión; leer y escribir en el móvil es un ejercicio sobre todo motor, y todos tenemos la experiencia de que cuando los músculos entran en acción se hace más difícil pensar. Dando un paseo aún se puede tener una reflexión interesante y un pensamiento creativo, pero esas cosas son mucho menos probables cuando echamos a correr. Tiendo a sacar la conclusión de que, en nuestra época, el juego de pensar y razonar ha dejado de ser un entretenimiento placentero. Empleando el lenguaje de la política, se podría decir que el poder de las neuronas del pensamiento se ha quedado en minoría frente al poder de las neuronas del movimiento. Lamento pertenecer a una minoría, pero soy contrario a la dictadura de las neuronas motoras.

Sin embargo, mientras escribo esto, me interrumpe el sonido de mi móvil anunciando mensajes, y la costumbre, convertida en reflejo, me invita a cogerlo, leerlo y contestar. Esta vez, al menos, me reprimo, aunque con sacrificio, para no ser hipócrita y verme obligado a confesar que yo también utilizo las neuronas motoras que se encargan de los mensajes digitales. La moda, la homologación del comportamiento, el estar a la última, el convertirnos en robots, son ideas que me ofenden por desgracia solo transitoriamente, porque los refuerzos mediáticos del consumismo consiguen imponerse casi siempre. También las minorías, incluso protestando, se suben al carro del vencedor para sobrevivir.

A propósito de los infatigables entusiastas del móvil he leído en alguna parte que los chinos han acuñado una frase que describe con precisión y con gracia a los usuarios de estos instrumentos: los llaman *dī tóu zú*, lo que significa «la tribu de la gente con la cabeza gacha»; es decir, inclinada hacia su móvil. Una tribu que puede ser peligrosa porque sus miembros, muchos de ellos jóvenes y robustos, caminan inmersos en la lectura de sus pantallitas, y si no tienes cuidado pueden embestirte, con consecuencias desagradables.

Algunas personas mayores que se han quedado atrás en el progreso tecnológico piensan a veces (aunque se guardan de exteriorizarlo) que la tribu de los *dī tóu zú* está formada por personas que padecen algún problema de comportamiento, dado que esa tribu rehúye la conversación y la lectura de libros y tiende a apartarse, para comunicarse solo a través del instrumento digital. No falta quien les diagnostica algún trastorno de tipo autista, que